

## 1. Una historia sorprendente

Miró complacida las gotas de agua helada que acariciaban los cristales de la ventana. Estaba tan abstraída en sus pensamientos que no oyó su nombre:

–Agnes. Agnes Lucín. ¿En qué mundo te encuentras?

–¡Ah, sí, perdone, señorita! Pero su pensamiento vagaba involuntariamente a miles de kilómetros de distancia de aquella aula del colegio. ¿También a miles de años de distancia?

En cuanto sonó el timbre, recogió precipitadamente sus cosas y salió del aula una de las primeras. Cris se le acercó con pasos acelerados, mientras saludaba a otras compañeras, intentando ponerse al ritmo de su amiga. –Oye, Agnes, ¿me puedes decir qué te pasa? Parece que hayas visto una aparición. No te he visto tomar apuntes de la clase de la señorita Katy.

–Oh, gracias, Cris. La verdad es que ya me sabía el tema que estaba explicando. Bueno, lo cierto es –se corrigió ante su compañera– que no tengo ni idea de lo que explicaba, hasta que me preguntó. Salí del asunto como pude, ya viste.

–Sí, ya vi el roscó que te cascó Mrs. Katy, la profesora de inglés, –rió alegre Cris.

Vieron venir el Bus, y corrieron hacia la parada. Subieron y ayudaron a Marga que llegaba jadeante tras ellas. La conversación transcurrió, como siempre, comentando lo mal que explicaban unas y otras, y el poco tiempo que les dejaban para estudiar, y lo pesados que se volvían a veces los chicos, y los planes previstos para el fin de semana; y lo gorda que se estaba poniendo Mrs. Katy con el tercer embarazo, y..

–Bueno, aquí me quedo, –anunció Marga con un ademán de despedirse.

–Hasta el lunes. En cuanto se marchó, Cris volvió sobre el tema que la intrigaba:

–¿Me puedes decir qué te ha pasado?

–¿Tú crees que es verdad lo de los mártires de Diocleciano? –preguntó con cautela.

–Bueno, ya has oído al profesor de Historia. Fue un gran emperador, que gobernó bastante bien un enorme imperio como era el Romano, pero debió pasarse algo en lo de los cristianos, –contestó Cristina, intentando aclarar algo de lo que no estaba muy segura.

–¿Y eso era lo que te abstraía?, le espetó con asombro.

–Chica, pensé que era lo de Alex, –dijo mientras la miraba de reojo. Además, –continuó Cris dándoselas de experta– en tres siglos, no parece que fueran tantos los mártires como se suele decir. Roberto, que conoce el tema, dice que la historia contada por siglos de cristianismo ha sido exagerada.

–¿A qué hora es el examen de Lengua?, preguntó Agnes como queriendo desviar la conversación.

–El lunes a las doce, respondió Cris, bastante fastidiada.

–Menudo rollo, –musitó.

–Vaya fin de semana que me espera, con la Lengua, y las *Mates* para el martes. Bueno, aquí te dejo; hasta el lunes.

–Adiós, Cris, hasta el lunes.

Lo cierto es que Cris es una buena chica, aunque algo pesada. Con eso de ser hija única y tener todos los caprichos que se le antojan, piensa que sabe de todo y no te deja respirar. Pero es muy servicial, esa es la verdad. Gracias a sus apuntes, podré ponerme al día. Por cierto, que no me olvide de llevarle algo a su cumpleaños del próximo viernes. A lo mejor invita a Alex. ¿Qué espera que le regale? Ya son quince los que caen. Y yo voy detrás, así que vamos parejas. Metida en sus pensamientos, Agnes no cayó en la cuenta de que en la puerta del bloque de pisos donde vivía, había un gran paquete de reparto. Al intentar llamar al automático tropezó, mandando una gran bolsa de naranjas a rodar por la acera, mezcladas con cebollas y varios cartones de leche y varias latas, con el estrépito consiguiente. Después de disculparse

y ayudar al joven repartidor a recoger los alimentos, subió con rapidez a su casa.

–Hola, mamá, ¿ha llegado ya papá? Aún no, –le contestó su madre, sorprendida por la pregunta– ¿Sabes dónde guarda sus libros de Historia? ¿Sabes si tiene la historia de las persecuciones romanas? Y sin dar tiempo a la respuesta, dejó la mochila de los libros que llevaba a la espalda y se adentró en el despacho de su padre.

–No le revoluciones demasiado su cuarto de trabajo, ya sabes que no le gusta, oyó desde el pasillo. Su padre, Enrique, era profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense. Seguro que tendría algo de lo que buscaba. Miró en la pequeña biblioteca hasta dar con el libro: *Dos mil años de Santos*, de Francisco Pérez, y revisó con ansia en el índice: Santa Inés, 21 de enero. “¡Caramba, si es mañana!”, se dijo con sorpresa. Lo tomó, y se dirigió a su habitación. Raúl, su hermano de doce años la interrogó con aire de cómplice:

–¿Qué llevas ahí con tantas prisas?

–A ti no te importa, –fue su respuesta.

Antes de nada, quería situarse. Buscó la página correspondiente y leyó mientras el corazón le latía con emoción contenida: *INÉS, VÍRGEN Y MÁRTIR (+ 304)*.

El Profesor había dicho en clase que en aquellos años habían muerto muchos cristianos, por el mero hecho de serlo, y entre ellos estaba Santa Inés, que por lo visto, era su patrona, pero que no se sabía a ciencia cierta mucho de su vida y su martirio. Se descalzó, se tumbó en la cama y leyó con avidez:

*“Sólo amó al autor de la vida”. La frase suena a epitafio para quien, con oportunidades, no desperdició energía en amores divididos. Habla de fidelidad simple, sin adjetivos. Inés fue una niña frágil y delicada que mostró la mayor entereza posible hasta el martirio. Tenía trece años a su muerte.*

Levantó la vista del libro, y pensó: “Era más joven que yo. Era una niña, en realidad. Dios mío, qué susto. Pero, ¿cómo murió?”.

*La Iglesia de todos los tiempos la propone como primoroso ejemplo y la entiende como un símbolo de virginidad e inmolación. Tratados como el de San Ambrosio "Sobre las vírgenes", poemas, himnos, panegíricos, homilías, relatos y más relatos han ido atravesando el tiempo para recordar a los cristianos la firmeza de su compromiso, la fuerza de Dios si encuentra una voluntad entregada, la responsabilidad del ejemplo, el valor relativo de los bienes presentes –incluida la vida–, la apoteosis del cielo. Todo eso es en Inés un conjunto armónico verdadero que los intelectuales –enseñando– y los sencillos –aprendiendo– han ido transmitiendo, cada uno a su modo...*

"Bueno, vale, déjate de rollos, y dime como murió, se dijo para sí con cierta vehemencia. Y deslizó la vista ganando líneas"

*... parece que Inés pudo ser de la familia noble Clodia y que nació hacia el 290. Añaden las fuentes que se bautizó de niña y en su piedad consciente se consagró con voto de virginidad a Cristo. El rechazo de las proposiciones matrimoniales y los regalos del hijo del prefecto de Roma dicen que fue motivo más que suficiente para llevarla al tribunal, después de descubierta su condición cristiana por el hecho de la castidad voluntariamente ofrecida...*

"¡Qué barbaridad! ¿Por vivir la... castidad? Bueno, hoy no matarían a nadie por eso." De pronto, unos fuertes golpes la estremecieron.

–Agnes, –era la chillona voz de su hermano– ¿me puedes ayudar en estas raíces cuadradas?

–Ahora no puedo. Luego. Tengo mucho que hacer, fue la respuesta algo malhumorada. Seguro que era para chismorrear, pensó con acierto.

Y siguió el relato, aunque algo le hizo mirar el reloj de pared. Eran ya las siete y cuarto. He de darme prisa, se dijo no muy convencida.

*Por eso se entiende que la versión griega del martirio cargue las tintas en otro aspecto que acentúa la decidida entrega de la virginidad; el juicio y la condena incluirían trasladar a Inés a un lupanar*

¿Un lupanar? ¿Qué será eso? Algo desastroso, seguro..., se dijo intrigada...

*donde sufriera insultos y burlas mientras mantenía su propósito que ahora se vio apoyado por el cielo con desnudez cubierta y luz resplandeciente, impidiendo por medio del temor que se le acercara cualquier cliente del antro.*

¡Ya decía yo!, debe ser como uno de esos "nigt-club" donde se vende droga y cosas de esas, pero en versión antigua.

*Solo el despechado y tozudo antiguo pretendiente quiso llegar al abuso, cayendo muerto de repente...*

Toc, toc, toc, volvieron a sonar los nudillos en la puerta.

–¿Siii?, –chilló desesperada Agnes. La voz de su madre sonó con calma:

–Agnes, te llaman por teléfono. Me parece que es la voz de Cris.

–Voy, contestó con impaciencia. "Qué querrá ahora". Puso una señal en la página y marchó con prisa al teléfono.

–Dime, Cris.

–Escucha Agnes: te interesaba lo del examen de Lengua, ¿verdad?

–Pues, claro, –contestó Agnes bastante decepcionada.

–¿Qué pasa?

–Pues que Clara, que como sabes repite curso, me ha dicho hablando de otras cosas, que en este examen siempre pone lo mismo, o sea, que te estudies el capítulo doce y el quince que caen seguro. ¿Qué te parece? ¿A que es guai? Por cierto, ¿qué tal sigue Dio?, –le preguntó con voz de guasa.

–¿Quién es "dio"? –preguntó sorprendida.

–Pues, Diocleciano, quien va a ser, –soltó una carcajada, y colgó.

“Bueno, te perdono, por lo del examen. Pero te vas a enterar quien es Dio”, musitó entre dientes mientras volvía a su cuarto.

Tomó el libro y miró de reojo a los deberes pendientes, que descansaban en su mochila.

*Cayendo muerto de repente y resucitado también después de la oración de Inés, ante el asombro de los asustados presentes. Luego la metieron en la hoguera encendida de la que fue liberada intacta por el poder de lo alto. El final del acto está en el filo de la cuchilla que segó la vida de la mártir virgen cristiana.*

*De modo bellísimo y excelente hará juego etimológico el obispo de Milán, Ambrosio, dando por conocidos los detalles del martirio de Inés por parte de su auditorio: Inés o Agnes*

Dio un respingo al ver su nombre escrito. “Qué nombre más curioso, aunque me gusta muchísimo”. Y siguió con renovado interés:

*Relacionado con Agnus, expresará “cordero”; o Inés, del griego Agnos, indicará “pureza”. Juego de palabras en predicación culta que resume con su propio nombre la vida de la santa.*

*Corrieron voces de que la sepultaron en el jardín o huerto de su propia casa de campo en Vía Nomentana, allí donde a los pocos días cayó muerta a pedradas Emerenciana, hermana de leche de la santa, en cuya tumba rezaba. Unos años más tarde, ya con Constantino, se edificó la iglesia que restauró el papa Honorio I.*

*¿Qué más da que todos los detalles puedan verificarse o no algún día por la arqueología o historia? A la ciencia –por los sentimientos que tiene– probablemente la dará lo mismo un tajo más o menos, o un golpe de frente o de espaldas; el hecho cierto de una joven limpia, casi niña, muerta por la fe en Cristo y luego fielmente venerada sí que lo comprueba y lo constata. A los hermanos de la heroína doncella muerta por la fe les hizo mucho bien besarla con el recuerdo, adornarla con la palabra y repetirla con la generosa imitación.*

Cerró el libro y se quedó mirando el pasado a través de su ventana. No veía las finas gotas de lluvia que besa-

ban el suelo, dejando lágrimas en los cristales. La oscuridad del invierno le permitía introducirse, con luz mayor, en aquel mundo que se abría para ella. Dar la vida por Cristo –pensó algo asustada– y de ese modo. Debe ser algo tremendo, y además a esa edad. Es increíble. Por lo visto, todavía se tiene que verificar esta historia con datos arqueológicos –se dijo, recordando lo que acababa de leer–, pero no debió ser un caso único. ¡Salió sin quemarse de la hoguera! Eso sí que es formidable. Y pensó en cómo sería su patrona, quizá con trenzas largas y muy rubias, como las suyas... Dejó el libro en la estantería de donde lo tomó y corrió sigilosa a su cuarto. Aún tenía una hora para estudiar.

–Papá, preguntó de repente Agnes, mientras cenaban, ¿qué es un “lupanar”? Su madre por poco se atraganta con la sopa que tomaban. Cambió el color de su cara hacia un rojo encendido, y su padre se la quedó mirando sorprendido, pero sin hacer ningún gesto. Su hermano Raúl, como siempre, intervino con una de sus gracias:

–Pues es claro lo que su nombre indica, “lugar donde crecen las lupas”, y soltó una risita de ratón.

–¿Por qué me preguntas eso?, le preguntó Enrique mirando al plato de sopa de pollo.

–Bueno, no creo que sea ninguna indiscreción. Lo he leído en uno de tus libros de historia. Yo me imagino lo que es, pero quiero que me lo digas, –concluyó con firmeza.

–Ya has estado trasteando en mi biblioteca –dijo como tomándose tiempo–. Lo mejor es, cuando no se conoce una palabra, buscar su significado en el diccionario. Míralo en el que tengo en mi despacho. Raúl se levantó como una flecha antes que Agnes pudiera reaccionar. Encontró el libro enseguida. Lo abrió y leyó con voz de triunfo: “Lupanar. Mancebía, casa de prostitución”. –Ya lo decía yo, –concluyó con cara de pícaro– está claro: casa de pu... eso.

–No seas mal hablado, –le reprochó Agnes, más que nada por haberse adelantado.

–No he dicho nada, mal pensada, –le contestó enfadado Raúl.

–Haya paz, –terció Irene–. ¿Y se puede saber a qué viene esa pregunta?

Agnes contó, entre plato y plato, la interesante historia de la clase de Historia.

Enrique, acompañando los postres, aportó algunas ideas para satisfacer el interés de su hija. –En realidad, comenzó diciendo, las llamadas persecuciones romanas han sido muy esporádicas a lo largo de los cuatro primeros siglos del cristianismo. Incluso hubo varias después. Pero pienso que no han sido, salvo excepciones, muy numerosos los mártires producidos en esa época. Ni tan sangrientas y sistemáticas como, por ejemplo, la persecución de los judíos en la Alemania nazi. Quizá lo más característico e intrigante para el historiador de las persecuciones romanas sea el mismo origen de ellas, o sea, el motivo, digamos, jurídico o legal por el que se establecieron sin solución de continuidad durante tanto tiempo. Además, no fue igual de intensa en cada parte del extenso territorio imperial.

–Pero, ¿cuándo empezaron realmente? –preguntó Agnes mientras terminaba de mondar su naranja.

–Se da como seguro el año 64, en época de Nerón, cuando el incendio de Roma. Incluso hay quien da un día concreto, el 18 de julio.

–¡Claro –interviene Raúl–, es lo de la película “Quo Vadis”, que Nerón le echó la culpa a los cristianos de haber incendiado Roma, porque él la quería hacer nueva!. Y miró a su hermana con aire de triunfo.

–Bueno, algo parecido. Pues, como decía, entre el año 64 y el 313, con el Edicto de Milán por parte del emperador Constantino, que daba libertad de culto a los cristianos, se puede decir que hubo de todo. Así, después del 64, hubo unos 6 años de persecución, en Roma, donde murieron S. Pedro y S. Pablo. Siguieron trece años de tolerancia, coincidiendo con los emperadores Vespasiano y Tito, que fue el que arrasó el Templo de Jerusalén en el año 70. Pero, al finalizar el siglo I, apareció Domiciano que reinó durante quince años, desde el 81 al 96, y arremetió de nuevo contra los cristianos. En cambio, en el siglo II, la persecución fue muy general llegando a cubrir unos 86 años, y sólo 14 de tolerancia. Es el siglo de los grandes emperadores, de la familia de los Antoninos: Trajano, que reinó del 98 al 117; Adriano, más tolerante, del 117 al 138; Antonino Pío, del 138 al 161,



y el filósofo Marco Aurelio del 161 al 180. En el siglo III, fue al revés, unos 24 años de persecución y el resto de tolerancia. La primera mitad, hasta el año 235, está dominada por los Severos, que, en general son tolerantes. Incluso aparece un emperador que favorece a los cristianos como fue Felipe el Árabe, aunque sólo reinó cinco años. Con Decio, en el 250-251, se produce una persecución muy violenta, conocida como la "tercera gran persecución", seguida de la "cuarta" con Valeriano, seis años más tarde. En esta persecución murieron S. Lorenzo, el de la parrilla, S. Cipriano, en Cartago, y S. Fructuoso en Tarragona, entre otros muchos. Sigue un periodo de cierta libertad, hasta la 5ª y gran persecución de Galerio y Diocleciano entre el 300 y el 305, cuando murieron Inés, Sebastián, Cosme y Damián, Lucía, etc. De modo que hubo largos periodos de tiempo en que el cristianismo se extendió sin sobresaltos.

–De todas formas, los cristianos siempre tenían la espada de Damocles sobre ellos, ¿no?, –preguntó Irene, mientras recogía los platos.

–¿Qué es eso de la espada de Darmocles, mamá?, –preguntó Raúl.

–Damocles. Que te lo cuente tu padre.

–Esa es otra historia. Si te portas bien, mañana te la cuento.

–¡Qué interesante es la Historia, papá!, –dijo entusiasmada Agnes, mientras ayudaba a su madre a recoger la cena, y se dirigía a su cuarto–. Mañana, nos tienes que contar la historia de Diocleciano, ¿vale, papá?

## 2. Un sueño fascinante

–Tengo algo para ti, –le gritó Cris desde la puerta del instituto, nada más verla.

–¿Más respuestas del examen?, –le preguntó Agnes con cierta sorna.

–Estuve el sábado en la Biblioteca Municipal y te he traído una fotocopia de un diccionario muy completo. Mírala.

Agnes desplegó el papel, mientras avanzaban por el corredor, camino de la clase de Matemáticas. Se trataba de una página de un Diccionario con la sinopsis de Santa Inés.

–Luego la leeré. Muchas gracias por el detalle. Cuando salgamos te contaré el sueño que he tenido esta noche. Además, papá me estuvo contando muchas historias relacionadas con las persecuciones; ya sabes que es Profesor de Historia. Chica, todo esto es fascinante. ¡Ah!, y gracias por lo de la Lengua.

Les faltó tiempo para reunirse en cuanto dieron las cinco. Junto a Cris, se acercó Marga, contagiada por el tema, y más tarde se agregó al grupo Ismael, amigo de clase.

–Antes de nada, voy a dar lectura a la fotocopia que me ha traído Cris, –dijo Agnes con cierta solemnidad. Esto servirá para situarnos en el tema, y luego os contaré el sueño que he tenido... no os la vais a creer, –concluyó con énfasis y remarcando las palabras. Ismael, que ya tenía los dieciséis cumplidos, sonrió con cierta displicencia. En realidad, allí estaba por Marga, que le caía muy bien. Se habían sentado alrededor de una mesa en la cafetería cercana, y, ante el crujido del papel al desdoblarse, arrimaron más las sillas. Agnes, sintiéndose protagonista del momento, empezó a leer con pausa:

*SANTA INÉS. Célebre y popular mártir de la Iglesia de Roma. Su nombre, Agnes, es la transcripción latina del adjetivo griego agne que significa pura, casta.*

Unas sonrisitas le hicieron levantar la vista del papel. Ismael y Cris tenían cierta cara de guasa, mientras que Mar-